

El piélago parece
una enorme esmeralda cristalina,
y un gran loto la cúpula del cielo,
cuya nivea corola se estremece
a los besos de Indra. Cubre el suelo,
desde el limpio zenit, el sol glorioso
con su manto de regia pedrería,
y, en extraña y solemne melodía,
las aves el enlace venturoso
celebran de la virgen pudibunda
con el astro que todo lo fecunda...

Mas de pronto iluminanse los montes,
se obscurece la atmósfera serena
y se nublan entreambos horizontes.
Un colérico grito
los ámbitos atruena,
y parece el volcán, aprisionado
en las moles ingentes de granito,
el protervo Encelado,
que sacude rabioso la cadena
y levanta la frente al infinito.

Un penacho magnífico tremola
en el cráter hirviente
y baja con estruendo, ola tras ola,
la de lava flamígera corriente.

Las rocas, conmovidas en sus quicios,
se desprenden de pronto de lo alto,
y van, de salto en salto,
a romperse en los negros precipicios.

Se rasga un breve instante
de la cumbre irritada el denso velo,
y en un halo de llamas fulgurante
un enorme condor levanta el vuelo.

Tiembla el orbe en sus ejes de diamante
y el fragor del horrendo terremoto
repercute en el piélago remoto,
en tanto que en las cóncavas entrañas
de las agrias montañas,
al compás de estridentes huracanes,
elevan a los cielos asordados
el himno de sus truenos cien volcanes.

Arde y cruje el celeste fundamento
 y, ante el coro de dioses espantados,
 deja Apolo el dulcísimo instrumento:
 cual centella voraz el éter hiende,
 y al través de la eclíptica desciende
 con las flechas de bronce enherboladas.
 Rueda el trueno de guerra a sus pisadas,
 se derrumban los riscos ciento a ciento,
 desgréñanse las nubes, calla el viento...
 y la lluvia en arroyos diluvianos
 descarga sobre montes y altozanos.

En las quiebras del alto Tunguragua
 se estrella y rompe el agua,
 corre luego entre riscos quebrantada,
 y al llegar como tromba estrepitosa
 a un abismo, retumba despediada,
 rebotando en la falda rocallosa
 como el eco de ronca carcajada.



Heroica Nox

Es de noche. Parecen los volcanes
 legiones de coléricos titanes
 con sus cascos de plata refulgentes
 y flamíferas lanzas y pendones,
 que galopan soberbios, imponentes,
 hostigando sin tregua a sus bridones
 con la voz, el azote, y las espuelas,
 en tumulto fantástico, tremendo,
 al clangor de las trompas y al estruendo
 de las cotas, estribos y rodelas.

Como buitres hambrientos cuyo instinto
 les revela una próxima matanza,
 —pues al campo otra vez, de sangre tinto,
 de los dioses eternos la venganza
 los hizo descender, y la locura
 de los hombres conocen—tal, graznando,
 abandonan las nubes en obscura

muchedumbre los polos, y volando
en torno de los picos arrogantes,
aumentan el horror y la hermosura
de la hueste de intrépidos gigantes,
que, soltando la rienda a sus caballos,
las picas centellantes
arrojan a los númenes, se inclinan,
y a los muros celestes se avencinan
a la luz de relámpagos y rayos.

Cual cóncavo broquel a un tiempo herido
por millares de flechas y lanzones,
retumba el almo cielo, sacudido
por el bronco bramido,
de tantos esforzados campeones.

Oye Marte el estruendo belicoso
y, embrazando la égida espantable,
do se quiebra el lanzón más poderoso
cual si fuera de vidrio impetuoso
desciende a la indomable
crestería. En su yelmo impenetrable
relucen los mortíferos dragones
de ojos de esmeralda
y en gallardo desorden a su espalda
revuela el áurea crin. A sus legiones
convoca a la pelea
e impaciente golpea
con el pie los preñados nubarrones,
cuyas rojas entrañas, al abrirse
en torno de la cúspide bravía,
un infierno vomitan de metralla,
cual revienta traidora artillería
entre el humo y fragor de la batalla.

Con agudos peñascos que cien yuntas
de bueyes corpulentos, noche y día
no arrastraran, tirando siempre juntas,
responde la iracunda crestería,
y al clamor que la atmósfera ensordece,
el Tonante en su trono palidece.

Los vientos, en legión desordenada,
ocupan los baluartes derruidos,

bramando, como búfalos perdidos
que buscan en la sombra su manada.

Tal parece que Alcides, irritado,
golpea con su porra
los muros de la erébrica mazmorra
donde gime Teseo sepultado.

Ve Mavorte el estrago, y con su espada
trunca cerros, baluartes desmorona,
y la frente soberbia, no domada,
se transforma en peñón a la mirada
de la horrenda cabeza de Gorgona,
que relumbra en la égida temida,
por el mismo Plutón aborrecida.

Las rebeldes escuadras al embate
atroz se descoyuntan; mas la ira
enardece al titán que se retira
y le vuelve frenético al combate.

Como mira enriscado el campesino,
en noche muy oscura,
a lo lejos brillar en la llanura
los fuegos del ejército vecino,
tal contempla el Saturnio, deslumbrado,
refulgir, cual mecidas por el viento,
en el negro horizonte constelado
las luces del celeste campamento.

Truena entonces, y al bélico estampido
se mueven las cohortes celestiales,
cadenciosas, impávidas, iguales,
como un cuerpo de ejército lucido
en día de parada;
muchedumbre sublime, abigarrada,
en carrozas de bronce y de brillantes
o en fogosos corceles,
con sus áureos penachos tremolantes
y banderas y lanzas y broqueles;
horrible ostentación, funesto alarde
del monstruo de la guerra,
que desciende a la tierra
con la turba carnívora y cobarde

que amamanta en los senos cavernosos
del Erebo, la Cólera sañuda
con sus pechos de tigre venenosos,
sanguinaria, epiléptica, desnuda,
sobre duros peñascos recostada
y de huesos roídos circundada.

Las férreas armaduras
se entrechocan y saltan las espadas,
los paveses, los frenos y monturas,
y aun cubiertos de sangre hasta la gola,
no cejan los ardidos campeones
en la rabia brutal que los inmola;
no hay tregua, no hay piedad; el hierro estalla
y sigue el estridor de la batalla.

Ruge el mar a los pies de los bridones
y se encrespan batiendo los peñascos,
que relumbran y vibran como cascos
y se cubren magníficos de espumas,
y parece que un hacha centellante
desciende entre las brumas
del Empíreo, y se clava resonante
en un férreo morrión, que con sus plumas
vela el rostro de un héroe agonizante

Como arroyos de sangre de la cota
abierta en varios sitios por la espada
o el agudo lanzón, el agua brota
de los pétreos costados
de los montes en férvidos torrentes,
que bajan por las ásperas pendientes
en cascadas de espumas destrenzados.

Así un potro salvaje de la brida
y del triste jinete libertado,
va por sendas abruptas alocado;
salta cercas y fosos, y, a escondida
barranca por su impulso arrebatado,
se despeña, tendiendo en la caída
la blanquísima cola, y así mismo,
como hierve la espuma en el abismo,
se contempla después la crin hermosa
sobre el cuello del potro alborotada,
que yace moribundo en la hondonada.

Una mezcla confusa de estertores,
alaridos y vítores se escucha:
poco a poco el estruendo de la lucha
se aleja, y en sus carros voladores
huye, a impulsos del miedo, aquel brillante
ejército de dioses que cubría
cielo y tierra, y el numen arrogante
que afanoso sus filas recorría,
también huye, abatido y sin aliento,
a esconder su vergüenza al firmamento.

Y siguen, tremolando sus pendones,
al sonoro trotar de sus bridones,
los furiosos titanes, suelta al viento
la erizada melena de centellas,
y pasan vencedores,
coronados de lóbregos vapores,
implacables y activos,
persiguiendo a los dioses fugitivos,
bajo el arco triunfal de las estrellas.



Gloria

Deja el Sol su palacio cristalino,
calla Eolo, depone su tridente
Neptuno, y a su alcázar submarino,
en su carro de concha, muellemente
regresa con sus mágicos tritones,
y le siguen, preceden y rodean,
en vistosos y alegres escuadrones,
hipocampos, nereidas y delfines.
En las cumbres flamean
los sangrientos pendones
de la hueste triunfal. Los paladines,
en torno de sus armas agrupados,
contemplan extasiados
al mar, que por besarlos, abandona
sus grutas de coral y sus jardines
de juncos, y amontona
sus crespas oleadas,
desnudas bayaderas

que aparecen de súbito enlazadas
y, en honor de los héroes, placenteras
enarcan palpitantes
los cuerpos gallardísimos: entornan
los ojos verdinegros y vibrantes,
danzan, ríen, aléjanse, retornan,
languidecen, se abaten plañideras,
se columpian al viento como flores,
y, arrastrando las niveas cabelleras
a los pies de los fieros vencedores,
les brindan amorosas,
cual premio a su bravura,
el vaso del placer y la locura
en un nido de perlas y de rosas... (1)



Ande excelso

Ande excelso, perdona mi osadía.
¿Qué humana inspiración pudo abarcarte
y en estrechas estrofas encerrarte?
¿En qué idioma podría
descubrir la hermosura de tus cumbres,
coronadas de nieve sempiterna,
que, del sol a los últimos fulgores,
parecen con sus clámides de plata
y sus yelmos de oro,
una alegre y vistosa cabalgata
de reyes y de príncipes en coro?

¡Oh, si el verbo valiente,
Pegaso refulgente,
me llevara en un vuelo impetuoso
sobre Sirio y Orión, donde Perseo
ostenta como un fúnebre trofeo
la espantosa cabeza de Medusa,
entonce el instrumento melodioso
de la célica Musa,

(1) Según la mitología india, las bayaderas son hijas del mar. Entreteníase un deva o dios en golpear las aguas, cuando surgieron ellas de la espuma formada por los golpes, e inmediatamente pusieron a danzar sobre las olas.

como Homero o Hesiodo pulsara,
 el cielo enajenado me escuchara,
 y grande entre los grandes,
 digno fuera mi canto de los Andes...!

Aquí miro terrazas glaciales,
 graderías de pórfido y basalto,
 columnas esmaltadas de cobalto,
 construcciones lacustres, tenebrosas
 cavernas sepulcrales,
 donde aún vagan las sombras pavorosas
 de aquellos paquidermos colosales,
 abortos de la Tierra, condenada
 entonces a partir su virgen lecho
 con Plutón, en el Tártaro encerrada;
 y un monte de una giba, contrahecho,
 semejante a un enorme dromerario...
 allá, lagos solemnes, adormidos
 al amor de un gigante milenario,
 que los cela con ojos encendidos
 y de cuyos acuáticos penciles,
 grandes islas, cual dorsos de ballena
 o monstruosos reptiles,
 emergen con su obscena
 e hidrópica verdura;
 acullá, de bambús se extiende huraña
 una selva, y domina la espesura
 el añoso ciprés de la montaña.

A lo lejos, se ven los Penitentes, (1)
 envueltos en sus mantos
 de purísima nieve, en los que arde
 la postrer llamarada de la tarde,
 y en el hondo misterio del crepúsculo,
 un vago rumor zumba,
 lo repiten los montes, crece y llena
 los ámbitos del cielo, que resuena
 como un templo sonoro,
 y es un himno que brota de la tumba
 a los sonos del Angelus, un coro

(1) El efecto del sol sobre la nieve de las alturas es tal, que causa la ilusión de una multitud de monjes arrodillados, envueltos en sus ropajes místicos. En Chile, esta curiosa formación de los **glaciaríos** en los flancos del Aconcagua, es conocida con el nombre de **Los Penitentes**.

de monjes prosternados,
que imploran el perdón de los pecados...

Como una enorme lámina de oro,
el gran lago Argentino
a los rayos postreros resplandece
del luminar divino
que en un lecho de púrpura fenece.
Más allá se vislumbra, entre vapores
que turban la mirada,
la soberbia corriente despeñada
del férvido Iguazú, y este paisaje
que deslumbra, confunde y anonada,
rebelde a la paleta y al lenguaje,
infunde en el espíritu del hombre
religioso temor, y el dulce nombre
de Dios brota del pecho enternecido
de horror y admiración a un tiempo herido. (1)

Se mezclan y abigarran en mi mente
mil visiones de encanto y de pavor:
ya me intrinco en edénica espesura;
ya desciendo a caverna incandescente;
ya vagando en las márgenes fragosas
del risueño Ucayal, en sus bruñidos
cristales reflejadas
contemplo las colinas primorosas,
mansiones voluptuosas
de genios y de hadas . . .
ya escalando las sierras desoladas,
al no ver más que yermos por doquiera,
espeluncas, barrancos, promontorios,
ni un arbusto, ni un pájaro siquiera,
sino filas de dólmenes mortuorios,
mausoleos de hielo refulgente
y mortajas cinéreas; imagino
que, del mundo, infeliz superviviente,
es llorar sus grandezas mi destino.

(1) Las cataratas del Ignazú pueden ser consideradas como las mayores del mundo, pues en extensión y altura superan a las del Niágara.

Invocación

Atalaya del cielo,
 magnífico Irazú, Misti luctuoso
 a do en vano el condor remonta el vuelo,
 abrupto Puracé, Fuego impetuoso,
 Mombacho aterrador, Lanín temido;
 Oteló de Managua,
 Momotombo traidor, aborrecido:
 excelso Tunguragua;
 Ilopango furioso,
 en el lecho volcánico nacido
 de azufrada laguna, ignominioso
 aborto de una ninfa,
 que alegre y sin cuidado se bañaba,
 cuando un monstruo infernal que la acechaba
 entre el cieno y los juncos de la linfa,
 estrechóla en sus brazos lujurioso; ⁽¹⁾
 Izalco rugidor, que en la serena
 noche de encantos y misterios llena,
 pareces un gigante que vigila
 el mar con su flamígera pupila; ⁽²⁾
 ignívomo Imbabura;
 Poás de airada lumbre,
 que muestras, con hipócrita dulzura
 una perla en la cumbre; ⁽³⁾
 Cotopaxi sombrío,
 ronco clarín de la feroz mesnada,
 que, curvando su línea dilatada,
 rinde homenaje al Aconcagua frío . . .
 ¡Oh, soberbios volcanes! ¡oh, imponentes
 ministros de Plutón, a cuyo embate
 nuestro orgullo satánico se abate
 y tiemblan de pavor los continentes!
 Cuando os veo radiantes de hermosura
 sobre el ponto reinar y la llanura,

(1) El volcán Ilopango, uno de los más famosos de la América Central, surgió, mediados del siglo pasado, en el centro de la laguna del mismo nombre.

(2) Una inmensa columna de humo, durante el día, y una corona de llamas durante la noche, revelan al navegante la presencia de este volcán salvadoreño, conocido vulgarmente como *El Faro de la América Central*.

(3) El volcán Poás, que se levanta en la República de Costa Rica, tiene una pequeña agona en el cráter.

y respiro la brisa deliciosa
 que juega en vuestras faldas rumorosa;
 cuando en vuestros regazos de verdura
 contemplo recostada
 la ciudad de los númenes amada,
 o el villorio feliz . . . un pensamiento
 cruza mi alma, espantoso, a la manera
 que un ave carnífera
 el purísimo azul del firmamento.
 Una horrible visión, más pavorosa
 que el incendio de Troya la famosa,
 aparece a mis ojos,
 y es un cuadro de muerte, iluminado
 por el disco de bronce de la Luna.

Lo mismo el regio alcázar, sustentado
 en cimientos de mármol, como una
 fanfarria del poder y la fortuna,
 que la humilde cabaña del labriego,
 ¡ay, son ruinas, despojos,
 donde agita sus flámulas el fuego!

Voz de miedo, brotando gemebunda
 de la tierra agrietada
 y de sangre y de lágrimas bañada,
 de zona en zona cunda.
 Ella cuente el dolor de Costa Rica
 cuando muerta a sus pies cayó Cartago;
 la espantosa catástrofe de Arica
 y de cien poblaciones el estrago . . .

¡Oh, volcanes, señores de la Tierra,
 compasión para el mísero que duerme
 tranquilo a vuestros pies o vela inerme
 entre el ponto famélico y la sierra!
 ¡Compasión para México la hermosa
 que ya viste la púrpura preciosa
 con que ha siglos la vieron las naciones
 —madre altiva de indómitos leones—
 en su trono dorado,
 por cien reyes y pueblos sustentado!
 ¡Compasión para aquella soberana
 Stambul de Occidente,
 favorita del mar, núbil sultana
 que se asoma a su Bósforo luciente



y sonríe al tritón enamorado
de argentífera espalda, que, por verla,
al Atlante asciende, y, abrasado
en vivísimo afán de poseerla,
la ciñe, y, al ceñirla, transformados
él, en río se mira, y, ella, en perla!
¡Compasión para todas las ondinas
que Colón, el vidente,
engendró con sus lágrimas divinas,
cuando un César estúpido o demente
aherrojóle ante el mundo que le viera
arribar en su nao triunfadora,
hermoso y refulgente
como el Sol en mitad de su carrera,
y mirábale agora
de sus galas e insignias despojado
y de infames cadenas recargado.

Mas . . . ¿qué voz poderosa,
en las alas del viento resonando,
a la mía responde y fragorosa
va las olas del mar alborotando?
¡Cuán sublime las Pléyades atruena,
en los aires palpita
y en el trono de Dios tal vez resuena
a través de la bóveda infinita!
¡Cotopaxi, bocina del Averno,
habla, rugel! ¡La voz de tu garganta
de piedra no me espanta!
¡Polvo soy bajo el carro del Eterno! . . .



La amenaza del cíclope

Yo soy el Cotopaxi. Mi cumbre se levanta
al pórtico estrellado del templo de Jehová;
en el profundo Infierno estribase mi planta;
me arrulla con sus himnos monótonos el mar.

¡Abyecta muchedumbre de esclavos y señores,
hormigas y gusanos en negra confusión,
oid, dolientes parias; oid, emperadores,
mi acento tremebundo, mi cántico de horror!

¡Cual yo, sobre la tierra se yerguen mil volcanes;
mil bocas ignescentes os hablan como yo;
aullando me responden doquier los huracanes
y estalla a mis retumbos la cólera de Dios!

He visto sucederse los siglos y naciones,
cual olas plañideras que riza el vendaval.
Cual hórridas tormentas pasar vi las legiones
de Aníbal y de Jerges, de Atila y Tamerlán.

Y luego en remolinos de púrpura y de plata,
vi a César y a Pompeyo, a Claudio y a Nerón,
y en pos de Carlos Quinto lucida cabalgata
de reyes y princesas, satélites del sol;

los ebrios senadores, las pálidas bacantes,
los rápidos corceles del Rhin y del Ural;
los hijos del desierto, ceñudos, galopantes,
la corva cimitarra blandiendo sin cesar;

y papas y guerreros e infames concubinas
manchando la cogulla, el trono y el altar;
Cleopatras y Popeas, Frinés y Mesalinas,
mancebas de tiranos, huris de lupanar. . .

Más cerca vi salvajes con pífanos y cañas,
desnudos y borrachos, danzar en derredor
de piedras repugnantes, do abiertas las entrañas
hirvientes de coraje de un bárbaro feroz,

rociaba el sacerdote de sangre al idolillo
y erguíase brindando después al rojo Sol,
en la tremenda punta de su infernal cuchillo,
el bravo y palpitante, rabioso corazón.

Recuerdo todavía los báquicos festines
de un pueblo que hoy reposa en tumbas de coral. . .
Dragones y medusas guardaban los jardines
do en líbricos espasmos reía el viejo Pan;

ciudades voluptuosas dormían descuidadas
en lechos infecundos el sueño del placer,
en tanto que las olas del mar alborotadas,
escombros apilando, rompían a sus pies;

magnates, prostitutas, juglares y mendigos
rodaban abrazados con júbilo bestial,
y al són de liras y arpas, los cráneos enemigos
volvían cien esclavos de néctar a llenar.

De pronto en las alturas la ronca y penetrante
trompeta del Eterno fatídica sonó,
y el eco en las entrañas del mundo agonizante
el alto mandamiento tronando repitió.

Le oyeron los volcanes; sus hórridas melenas
cresparon cual leones; el Tártaro bramó;
irguióse el viejo Chaos, rompiendo sus cadenas,
y en una sola noche la Atlántida se hundió.

Aun vibra en mis cabernas el lúgubre alarido
de aquella cortesana que hoy duerme bajo el mar.
Sus templos y jardines de monstruos hoy son nido
y en torno de su tumba rebrama Leviatán.

Talvez en los palacios de mármol y alabastro,
en donde resonaron los himnos del amor,
un monstruo herido deja su venenoso rastro
o avanza un repugnante, innoble caracol. . .

¿Dó están las de Gomorra mansiones deslumbrantes,
las bíblicas riquezas de Nínive y Salem?
¿Dó están, oh Babilonia!, tus muros arrogantes,
tus mágicos vergeles, tu gloria, tu poder...?

Pasaron con sus danzas y alegre vocerío
Kefrén y Mikerinus, Semírame y Sargún;
pasaron como espumas efímeras del río,
cual líbicas arenas al soplo del simún.

Columnas y obeliscos pregonan su mancilla,
su vanidad la tumba gigante de Keops,
y mudos se contemplan en una y otra orilla
sus túmulos violados y el roto Partenón.

Aquí existieron—dicen—Ellora y Ecbatana,
Heliópolis y Menfis, Ilión y Khorsabad;
y el arco de la estrella dirá talvez mañana:
¡De un domador de reyes aquí fue la ciudad!

¿No somos los volcanes, oh pueblos!, las trompetas
que un día resonaron al pie de Jericó?
¿No somos los clarines que anuncian los Profetas
para el supremo instante de lágrimas y horror?

¡Cuál tiemblan las hetairas, las vírgenes obscenas
del Ande, a los sonoros retumbos del volcán,
y saltan de sus lechos de lirios y azucenas,
cual tímidas palomas que espanta el gavilán!

¡Recuerda, Nuevo Mundo, la suerte de Herculano
y el fin de los atlantes que el cielo decretó;
contempla en esa fosa que cubre el oceano
tu ayer y tu mañana, tu gloria y tu baldón!

¡Humanos maldicientes, señores de mentira!
¿qué sois vosotros todos delante de un volcán?
¿Podéis romper mis hornos? ¿podéis domar mi ira,
ponerme una mordaza, o el ponto encadenar?

¡Sabed que vuestras galas son flores voluptuosas,
nacidas en los bordes de un cráter infernal;
que torres, muros, puentes y estancias suntuosas
descansan en un roto y endeble pedestal!

¡Sabed que existe y vela Plutón el tormentoso!
¡que un mar de bravas hondas se agita a vuestros pies!
¡que apenas os separa del Tártaro espantoso
una corteza frágil que puedo yo romper!

Nosotros obra somos del genio Omniponte
que sobre las miserias mundanas nos alzó
para decirte, hombre, que hay un abismo ardiente
do pueden sumergirse tu orgullo y tu ambición;

que son, mortal indigno, tus glorias y tesoros,
tus gritos de coraje, tus cánticos de amor,
tus risas y tus preces, tus crímenes y lloros,
tus tálamos de rosas, tus lechos de dolor,

un juego de gusanos, un carnaval inmundo,
sobre la faz inmóvil, de un bárbaro titán,
que duerme bajo el Ande con sueño muy profundo,
que duerme...mas...¡silencio!...¡que puede despertar!

Visión de Amor

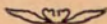
¡Oh, gigante, tu voz atronadora
de sagrado pavor inunda mi alma!
¡Depón el ceño adusto, vengadora
deidad! ¡Refrena, calma
el volcán de tus iras, y la tea
en el ponto sepulta abrasadora,
que en tus manos fatídicas humeal

. . . Mas . . . ¿qué suave fulgor los montes llena
que de pronto mi espíritu enajena
y a otros campos y cumbres le arrebatá?
¿Qué apacible semblante se dibuja
en medio de una auréola de plata
que al brillo de los astros sobrepuja?
¿Es tu rostro, Señor? ¿Es tu sonrisa
esa luz que en las sombras se divisa?
¡Oh, Señor, eres tú! ¡Cuál te presiente
mi pecho palpitando ledamente!
Aquí estás. No es el Gólgota esa cumbre
do se posa amantísima tu planta,
ni en medio de una inicua muchedumbre
la cruz de tu martirio se levanta!
¿Qué puede amedrentar al que te adora
y se baña en tu luz, mortal divino?
¡Este mundo mezquino,
gemelo de la Atlántida, sucumba,
y los peces congréguense en su tumbal
Tú, Señor, en tu barca redentora
en do, eterno fanal, un astro brilla,
sacarás nuestras almas a la orilla.
De pie, sobre los Andes, ¡cuán hermoso
te miro apaciguando
la cólera celeste y refrenando
el mar de las pasiones borrascoso. (1)

(1) La estatua del Cristo, que marca la línea divisoria de Chile y La Argentina, a una altura de más de cuatro mil metros sobre el nivel del mar, fué elevada por estas dos Repúblicas, en conmemoración del fraternal arreglo de la vieja y enojosa cuestión de límites, que durante

“¡Glorial ¡Glorial!” cantemos, criaturas,
¡Glorial el mundo repita alborozado,
y al solemne clamor de lo creado,
¡Glorial ¡Glorial resuene en las alturas.

un cuarto de siglo amenazó la tranquilidad de esa privilegiada porción de nuestra América; pues, de un instante a otro, se temía que estallase una espantosa guerra, evento para el que ambas naciones se venían preparando desde largos años. En el pedestal hay una significativa leyenda, concebida en estos o parecidos términos: “Primero se reducirán a polvo estas montañas, que argentinos y chilenos rompan la paz jurada a los pies del Cristo.”



A Costa Rica

(En la ausencia)

¡Oh, de amor y virtud eterna fuente,
noble patria, santuario de mi vida!
de otro mundo en la fèrvida corriente,
—ave al fin en los trópicos nacida,—
canta, pensando en ti, con voz doliente
la nostálgica musa que no olvida
que juró, ante el altar de la conciencia,
consagrar a tu dicha su existencia.

¡Oh, mi patria, qué alegre, qué contento,
a tus campos de gloria tornaríal
¡Con qué dulce y profundo sentimiento
a ti regresaría...
A ti vuela mi loco pensamiento,
a ti va, como una ave, el alma mía,
buscando aquellos montes y vergeles
matizados de aromas y claveles;

Aquellos naranjales
que aroman el ambiente,
los en Mayo floridos cafetales
que festonan el llano y la pendiente,
de perfumes variados manantiales,
y aquellos que sazona el sol ardiente
riquísimos bananos, frutos de oro,
de las costas atlánticas tesoro.

¡Oh, playas y colinas hechiceras,
paraíso que Milton no cantó,
donde mi alma, soñando sus quimeras,
jamás nublado el horizonte vio;
encantadas riberas
por donde ha poco, delirante yo,
con mi lira entre flores paseaba
y náyades y ondinas evocabal



¡Oh, patria, patria mía, princesita
del Ande primorosa!
poética nación tan pequeñita
que parece una lágrima preciosa
del sol, o de una estrella que palpita,
cual rocío en el cáliz de una rosa;
Benjamina de América, modelo
del primitivo Edén, copia del Cielo;

Alhambra natural cuyos primores,
anchos ríos y límpidos torrentes
cantan con dulce voz entre las flores;
prodigio arquitectónico en lucientes
jardines levantado a los amores
que en tus salas revuelan inocentes,
semejas, cuando el sol las cumbres dora,
el risueño palacio de la Aurora!

Aguija tus corceles, fantasía,
que nunca tu mágica pintura
podrá, en un prodigio de armonía,
superar en tus lienzos a natura.
Aquellos que la dulce poesía
fingió, como modelos de hermosura,
chípreos campos y eliseos encantados,
son doquiera, y por todo, superados.

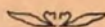
Los sueños de Mahomet, las orientales
mansiones adornadas a porfía
de marmóreas columnas y metales
salpicados de regia pedrería;
y aquellos de oro y jaspe celestiales
alcázares do en ánforas hervía
el néctar delicioso
como elíxir de vida misterioso;

Do en alcobas y baños lisonjeros
impregnaban de esencias el ambiente
de bien labrada plata pebeteros;
y do en lecho de flores dulcemente
mostraban sus contornos hechiceros
al mortal las huries en la ardiente
explosión de la vida, tu belleza
no superan, ¡oh, gran naturaleza!

¡Oh, patria, noble patria!, en tus jardines
de nuevo me verás con mis ensueños
y mi frente ceñida de jazmines.
En tus campos sin césares ni dueños,
Walhallas sin Odines;
y en tus montes risueños,
donde todo es verdad y no mentira,
libre como antes vibrará mi lira.

Yo he de volver a ti, y en las riberas
de tus mares y ríos inspirado,
al pie de las palmeras
en los dulces arpegios encantado
de las aves del trópico parleras,
cantaré como aún no se ha cantado,
y en tus piedras y troncos esculpida
durará mi canción más que mi vida.

Madrid, mayo de 1905



Otelo y Desdémona

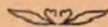
Ante el mar, en la cúspide atrevida,
rodeada de muros la cintura,
eterno vigilante de la altura,
Montjuich contempla a la ciudad dormida.

Tal Otelo en su vértigo homicida,
hosca, horrenda, fatídica figura,
contempla con amor, rabia y locura,
en el lecho a Desdémona tendida.

¡Si pudiera matarla con un beso! . . .
Y, en tanto que Desdémona sonriente
los brazos tiende y con amor le mira,
él la besa frenético en la frente
y, temblando de rabia y de embeleso,
la ciñe, estruja. . . y la infeliz espira.

Y a ti, Montjuich, cuando amenace tu ira
a la bella ciudad, ¿habré de verte
negar el beso; pero nó la muerte?

Barcelona, 1904



La musa americana

Composición leída en el Paraninfo de la Universidad de Madrid, Homenaje a Cervantes en el III centenario de la publicación del Quijote.

Vedla; viene del trópico, ¡Españoles!
¿no oís rumor de alas
y cánticos de gloria en las alturas?
¿No veis en lontananza
riquísima carroza de oro y perlas,
rubies y esmeraldas,
trono aéreo que viene de occidente,
entre nubes de ópalo y de grana,
arrastrado por blancos palafrenes?
Abanicos de palma
y rosas y laureles y jazmines
le empavesan, y ondulan, desplegadas
al viento, banderolas
y enseñas de oro, de zafir y gualda.
Con el ronco estridor de sus trompetas
por doquiera proclaman
el paso de la hija de los Andes
los ligeros heraldos de la Fama,
y olímpias potestades, en sus carros
de concha reclinadas,
alegres se aproximan aguijando
el vuelo de sus águilas.
Mirad entre laureles y banderas
a la musa gentil de sangre indiana,
la negra cabellera al vago viento
como bruma en la aurora destrenzada,
una lira al alcance de la mano,
condores y quetzales a las plantas,
claveles y jazmines en el pecho
y puntos de oro en la flotante falda.
Es morena y ardiente: ¡Es española!
El día en que Colón pisó las playas
del nuevo continente, abrió los ojos
la musa americana,

miró su desnudez, ruborizóse,
 y, cual Eva y Adán avergonzada,
 quiso un traje tejer, no halló la tela
 propicia en sus montañas
 como ella fecundas y salvajes...
 y envolvióse en banderas castellanas.
 Españoles, mirad como se acerca...
 ¡Cuál luce en su mirada
 el amor a estos campos y a estas cumbres
 que el sol alegre baña!
 Oíd como responde a vuestros vitores
 con sonrisas y besos a la Patria,
 y ved como tremola,
 con reflejos vivísimos de llama,
 en sus manos la enseña de oro y sangre
 por los rayos del sol iluminada.
 Vedla. Llega. Ya está. La aérea tropa
 detiénese, resuena un «¡Viva Español!»,
 y entre cánticos de júbilo y de gloria
 la musa americana
 descende al fin de la triunfal carroza.
 Bajo lluvia de flores se adelanta,
 cesan los gritos, los aplausos cesan,
 enmudecen las trompas, y así habla:

*«Españoles: América inocente
 virgen del mundo me llamó Quintana;
 nací como la aurora en el oriente,
 entre nubes de ópalo y de grana;
 la dulce libertad besó mi frente
 y el sol de la mañana,
 al lucir sobre el trópico, mi historia
 escribió con un rayo de su gloria.*

*«Un tiempo España fue, y sus corceles
 galoparon allá do el sol empieza.
 Coronada de mirtos y laureles
 al mundo erguía la imperial cabeza,
 y rosas y claveles
 Roma triunfante en su mayor alteza,
 como premio a su esfuerzo soberano,
 la brindaba en las sienas de Trajano.*

Del oriente al poniente, por doquiera,
el cetro de oro relucir se vía,
y en todas partes la imperial bandera
al impulso del viento se mecía.
«¡España!» ¡oh, dulce voz! en su carrera
el dorado Orinoco repetía
y en Atlante y Pacífico las olas
se rompían en quillas Españolas.

Cayó al fin, derribada su grandeza,
rompióse el fuerte escudo,
humillóse en el polvo su altiveza
y vio, de asombro mudo,
el Destino eclipsada la fiereza
que un tiempo el galo domeñar no pudo.
Mas Iberia no ha muerto todavía
que aún en sus ojos resplandece el día.

Aún en occidente,
al rayar de la lumbre matutina,
saluda al sol la americana gente
en la lengua española peregrina,
y aún bajo la bóveda esplendente
brotó, clara y divina,
del dulce labio de la amante esposa
el habla de Cervantes deliciosa.

Vuestras glorias, hispanos, son mis glorias;
quiero honrar a Cervantes porque es mío,
como son españolas mis victorias
aunque vuestro no sea mi albedrío.
En Iberia nacieron mis historias,
y, aunque corra a la mar deshecho el río,
las aguas unas son, una la fuente,
y uno el limpio cristal de la corriente.

Del mar en la ribera
adornada de conchas y corales,
de la vida en la ardiente primavera
desnudos mis encantos tropicales,
cual los de Eva en la mansión primera,
entre andinos condores y quetzales,
Colón, a quien estaba prometida,
una mañana me encontró dormida.

Andante soñador, aquel coloso
armado en una venta caballero,
a través del Atlante proceloso
vino guiado hacia mí por un lucero.
Rescatóme su brazo poderoso,
rompió mis ligaduras con su acero,
sacóme de las olas
y envolvióme en banderas españolas.

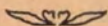
Diome el uno existencia al darme historia,
el otro me dio lengua y poesía,
y, engendada en el seno de la Gloria,
doró mi frente con su luz el día.
Vengo a honrar de Cervantes la memoria
con las perlas que el mar vencido cría,
y con palmas y mirtos y laureles
de mis propias montañas y vergeles».

Calla la musa y a la invicta tropa
de olímpicas deidades, las tres Gracias,
llevando una magnífica corona
de oro, perlas y flores, se adelantan.
Son de Chile y de Méjico las rosas,
de Argentina los lirios y araucarias,
de Cuba los claveles y jazmines,
de Muzo y de Cozcués las esmeraldas,
y los mirtos del triunfo y los laureles
son de toda la tierra americana.
Verdes ramos y cintas tricolores
sujetan los laureles y las palmas
y lucen entre perlas y zafiros,
rosetones y lazos de oro y gualda.
Se aproximan las tres, ciñen de lauros
las sienas de Cervantes, a sus plantas
la preciada corona depositan,
vivas y aplausos por doquier estallan,
y de nuevo la aérea muchedumbre
dirigese al poniente, y carros y águilas
y blancos palafrenes desaparecen
en el cielo teñido de oro y plata.
Pero aún se oye un cántico en la altura
y una voz armoniosa y delicada

que dice, dominando los rumores
del viento y el lejano batir de alas:

«¡Gloria, gloria a Cervantes en la tierra,
y en el mar y en los cielos, gloria a España!»

Madrid, 1905



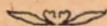
¡Tierra!

Es de noche, Colón sobre la prora
del inquieto bajel, con la mirada
intenta descubrir la tierra ansiada,
ilusión de su mente soñadora.

Disípanse las sombras. De la Aurora
surge el carro triunfal, y la alborada,
al bañar la llanura dilatada,
una tierra gentil alumbra y dora.

“¡Tierra!”, gritan. Colón alza la frente
y surge de la nada un continente.
Rompe el día en un cántico de gloria,
treme el mundo, renuévase la Historia,
y asombrado ve el piélago profundo
de un demente a los pies nacer un mundo.

Barcelona, 1904



Morazán

¿Y eres tú el que de lauros se cubría
vencedor en cien campos de batalla,
y entre nubes de pólvora y metralla
el corcel, animoso, revolvió?

Me parece que escucho, patria mía,
el airado clamor de la canalla,
y en mis venas agítase y estalla
la misma sangre que corrió aquel día.

¡Teneos, desgraciados! ¿Cómo el brazo
movéis contra el poeta y el guerrero,
al porvenir hiriendo de rechazo?

¡Ay, ya es tarde; ya vibra el grito fiero,
la descarga fatal al punto suena,
y un cadáver retuércese en la arenal

Madrid, 1905



Al quetzal

Eres la libertad. En la montaña
la brisa mueve tus brillantes plumas,
donde acecha el jaguar, rugen los pumas,
y el humo no se ve de una cabaña.

Cuando tú, sobre las cumbres que el sol baña
o del Usamacinta entre las brumas,
espanto de Ahizots y Moctezumas,
erguían los quichés la frente hurafía.

¡Y eres libre! Cual simbolo guerrero
un penacho corona tu cabeza,
y a modo de pendón luce tu cola.
El coraje te mata prisionero.
Pareces, por tu olimpica altiveza,
el ánima de Urraca⁽¹⁾ o de Ocoela,⁽²⁾
en el cuerpo de pájaro infundida
por alguna nerviosa sacudida
de un volcán, de una nube o de una ola!

Madrid, 1905

(1) **Urraca**: Héroe de la independencia india en Costa Rica y Panamá (época de la conquista). Luchó once años contra Pizarro y otros capitanes españoles, con un puñado de aborígenes.

(2) **Ocoela**: Capitán general de los indios seminolas. Derrotó en varios encuentros a los ejércitos de los Estados Unidos. Víctima de la traición, cayó prisionero y fue fusilado en la Florida, mostrando al morir la fiera de su alma indomeñable.

A Mercurio

¡Oh, tú, ligero dios; protege a España!
Por todos los poetas maldecido,
de Venus y Cupido
los áureos templos levantarse miras
al son melifluo de armoniosas liras,
y tú habitas misérrima cabañal
Cristalinas mansiones orientales,
de roches de alabastro y pedrería,
donde alegres y límpidos raudales
derraman en Alhambras celestiales
de sus aguas la fluida argentería;
palacios al amor y a la poesía
elévase doquiera,
y tú, ligero Dios, Mercurio alado,
protector de la esfera,
no tienes una lira que te cante
ni una musa que al cielo te levante.

No así los trovadores
de Grecia, Roma, Tiro y Palestina
desdeñaron tu voz, y en los jardines
ensayaba la cítara divina
en tu honor sus arpegios seductores.
Tú cubrías de rosas y jazmines
y de perlas, rubíes y zafiros
los temples de Atenas y de Sciros;
tú, de mármoles, jazpes y corales
en Salem, con tus manos celestiales,
adornaste la casa del Señor;
tú llevabas a Grecia y a Palmira
las telas de Bagdad y Cachemira,
y al compás de las guzlas y atabales
y címbalos y dulces caramillos,
mil poetas danzaban en tu honor.
Entre enjambres de alegres diocesillos,
la época llegada de tus fiestas,
en las griegas florestas
Pan tus glorias y triunfos celebraba
y el dios Baco en tu honor se emborrachaba.

¡Oh, tú, sostenedor de nuestra vida;
de Ceres y Minerva compañero,
que recorres triunfante el mundo entero
en pos de la riqueza no sabida;
gran padre de la industria, en tus altares
entone el rubio Apolo sus cantares.
Tú que pueblas de gente la montaña
y de quillas los mares;
tú que al trópico ardiente
ricas telas envías y de oriente
regresas en aligeros vapores
de especies aromáticas cargados
y de ricas maderas y licores;
tú, benévolo dios, protege a Español
Tú que emigras a América y de vino
y de aceite nos llenas los mercados,
y te llevas, en cambio el nectarino
cacao y el café, la dulce caña,
el tabaco y la piña; tú, divino
comerciante que triunfas por doquiera,
que riges de las naves la carrera
y en palacio conviertes la cabaña,
escucha a los que lloran
la caída de Iberia;
escucha a los humildes que te imploran
y transforma en salud esta miseria.
Ven, odiado Mercurio, y salva a Español

A las plantas de Venus Afrodita
rodeada de impúdicas bacantes,
desnuda y lujuriosa
una turba de sátiros se agita,
y, estúpidos danzantes,
coronados de flores,
en torno de la diosa
ebrios ruedan los dulces trovadores.

Así en oriente un día
concertóse un torneo de belleza,
honor y poderío entre las diosas,
y Paris, desdeñando la altiveza
de Juno y de Minerva la hermosura
y gran sabiduría,
premio con las famosas

manzanas al amor y a la locura,
 a Venus, el escándalo y la orgía.
 Y Troya, a los placeres entregada,
 fué por Juno y Minerva derribada.

La frente soñadora Apolo inclina
 entre rotas columnas, se lamenta
 y en tonos elegíacos comenta
 de las nuevas Itálicas la ruina.
 Él las bélicas trompas alentaba
 de los hijos de Marte,
 de Belona los triunfos ensalzaba
 y en torno del ibérico estandarte
 a sus hijos los bardos, congregaba.
 Él cantó de Afrodita la belleza
 y en sangriento epigrama y cruel estrofa
 de Mercurio hizo mofa.
 Él cantando la hispánica fiereza,
 en el mar apartado filipino,
 el laurel anegó de tanta gloria
 y borró de la Historia
 "el cetro de oro y el blasón divino."
 Él sus culpas hoy llora
 y en acentos magníficos implora
 compasión de Minerva. El dios alado
 suspende un punto su veloz carrera
 y el grato acento de la lira espera.

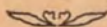
"¡Oh, Mercurio y Minerva! exclama Apolo-
 ¡cuán robusto y soberbio se extendía
 de un polo al otro polo
 el imperio del César! ¡Cuán gloriosa
 sobre el muro de Túnez la famosa
 la bandera de Carlos se mecía!

¡Con qué asombro la vi cruzar los mares
 y posarse en las vírgenes montañas
 do tenían los indios sus cabañas
 y sus lechos de sangre los jaguares!
 La corona que nunca soñó Ciro
 ¡oh, cielos! ¿Dónde está? Por qué la miro
 en cien menudos trozos dividida,
 ¡ay! por siempre manchada, envilecida?
 ¡Infelice de mí! ¡De aquesta ruina

causa no fue la voluntad divina
 que palacios y templos desmorona
 y trueca en puñado de basura
 la frente que ciñó triunfal corona:
 ¡ay, fue mi insensatez, fue mi locural
 ¡Oh, Palas, a quien Júpiter inspira,
 y tú, benigno dios! Si de mi lira
 el dulce són a conmoveiros llega,
 no neguéis a este pueblo desdichado
 el socorro anhelado
 que mi espantosa ineptitud le niega.
 Sombra es de aquél que con osada prora
 la mar surcó donde fenece el día
 y resurge más vívida la aurora.
 Derramad en sus venas energía
 y que mañana vea
 don Quijote en la sierra, entre el estruendo
 de cajas y trompetas,
 asomar al buen Sancho conduciendo,
 en medio de una corte de poetas,
 el blanco palafrén de Dulcinea.“

En tanto que se tiñe el occidente
 de fúlgidos colores,
 Apolo, de las musas rodeado,
 al llegar a las lindes del poniente,
 vuelve, en medio de un mar de resplandores,
 a Mercurio y Minerva el rostro amado,
 y así exclama: “En riquísimos plantíos,
 ¡oh, Mercurio! las márgenes convierte
 silenciosas y tristes de los ríos.
 Resuenen las estériles llanuras,
 hoy estepas sin fin, campos de muerte,
 al alegre rumor de las aceñas.
 Haz yergel la región donde las peñas
 se agrupan como túmulos sombríos
 que cubre con sus pardas vestiduras
 la hiedra melancólica y hurafía.
 Y tú, noble Atenea, salva a España!

Madrid, 1905



Serenata

Vengo a cumplirte, mi vida,
lo que anoche te ofrecí,
cuando a la reja florida
con ambas manos asida,
al fin me distes el "sí".

¡Que no hay, morena, más gloria
que verte a requebrar!
Abran otros su memoria
a las artes, a la historia...
¡Yo sólo quiero "jalar!"⁽¹⁾

"Jalemos", niña, "jalemos",
mientras dure la ilusión,
y cuando, al fin nos cansemos,
dejemos, niña, dejemos,
el cordelillo de amor.

Soy el Tenorio inocente
que a nadie roba el honor,
la mariposa luciente
que bebe el néctar ardiente
y deja intacta la flor.

Una lágrima furtiva,
una mirada de amor,
un beso en la frente altiva
o en la mano fugitiva
son mi dulzura mayor.

(1) "Jalar" y "dar cuerda" por "enamorar" es una expresión muy usada en Costa Rica. La "h" del verbo "halar" (c) cual significa tirar de algo, p. ej. de una cuerda, en este caso) se suele aspirar allí, como antiguamente, dándosele el sonido fuerte de la "j". El verbo "halar", así modificado, suple, en dicha República, al verbo "cortejar", por lo cual "jaleo" viene a tener la acepción de "pasatiempo amoroso".

Andar siempre de puntillas
por prudencia o por temor,
decir cuatro palabrillas
y encender en tus mejillas
los claveles del pudor...

¡Es mi ensueño, mi locura!
¡Es la gracia del "jalar!"
¡Es sentir la dicha pura,
beber chorros de dulzura
respetando el manantial!

Cuando tú de mí te hartes,
o yo me canse de ti,
aun quedan, niña, otras partes,
que tretas y malas artes
recorren todo un jardín.

"Cuerda" dame por ahora
para que pueda "jalar",
que desde aquí hasta la aurora
hay mucha cuerda, señora,
mucha cuerda por soltar.

Mas ve con tiento, morena,
y no la estires sin ver
que ya se atiranta y suena...
Está de añadidos llena
y se nos puede romper.

La noche respira amores,
tranquilidad y alegría:
Reina eres tú de las flores,
¡y hay en tus ojos fulgores
de extraña melancolía...!

"¡Jalemos", niña, "¡jalemos",
mientras dure la ilusión,
y, cuando al fin nos cansemos,
dejemos, niña dejemos,
el corlerillo de amor.

Baltimore, Julio de 1908

María Magdalena

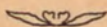
Bañado por las lágrimas el seno,
presentóse la bella pecadora,
con sus ojos de ensueño, encantadora,
y sus labios de miel y de veneno.

Y aquel lirio de Sion de aromas lleno,
nacido en los jardines de la Aurora,
inclinó la cabeza soñadora
ante el dulce y sublime nazareno.

Y mojó con su llanto la ramera
los pies del Salvador, y humildemente
los secó con su hermosa cabellera

Y el santo de Salem alzó la frente
y dijo con faz dulce y suave tono:
"Levántate, mujer; yo te perdono".

Madrid, 1905



Trompetas y Liras

(De V. Hugo)

Desafiando la cólera divina
mostraba Jericó sus altos muros,
guarnecidos los puestos inseguros
por soberbia cohorte paladina.

El pueblo más viril de Palestina
contestaba con cánticos impuros
y burlas a los rezos y conjuros
de aquella gente, al parecer mezquina.

A la séptima vuelta, los Profetas
demandaron la cólera del cielo.
Burláronse. Vibraron las trompetas
y la altiva muralla vino al suelo.
¡Que destruya la cítara, poetas,
las Bastillas de tanto tiranuelo!

Madrid, 1905

